

[ORACIÓN SOBRE LA MUERTE DE TEODOSIO.]

ADVERTENCIA EN LA ORACIÓN SOBRE LA MUERTE DEL EMPERADOR TEODOSIO.

Después de que Teodosio el Grande falleciera en Milán, Honorio, su hijo, a quien había llamado desde Oriente durante su última enfermedad, decidió trasladar su cuerpo a Constantinopla para que fuera sepultado en el mausoleo de los emperadores anteriores. Por lo tanto, para rendir homenaje a la memoria de su padre antes de que el cuerpo fuera trasladado, Honorio organizó una ceremonia solemne en el cuadragésimo día después de la muerte del César. Durante estos honores supremos al príncipe, Ambrosio, en presencia del mismo Honorio, a quien su padre había designado emperador de Occidente, pronunció esta oración en la que alabó las virtudes del difunto.

Comenzando con los prodigios que parecían anunciar la muerte de Teodosio, afirma que él no perdió el reino, sino que cambió el terrenal por el celestial (Num. 1). Añade (Num. 2) que no debe lamentarse la orfandad de sus hijos, ya que les dejó la herencia de sus virtudes, la gracia de Cristo y la lealtad de los soldados. Luego, comparando el cortejo fúnebre con los honores que José rindió al cadáver de su padre (Num. 3 y sig.), muestra que Teodosio fue más afortunado que Jacob, ya que derrotó a los tiranos y la idolatría. A continuación (Num. 5 y 6), al referirse al testamento del príncipe, en el que concedía una reducción de tributos a sus súbditos y perdón a aquellos que habían tomado las armas por Eugenio, concluye que todos deben devolver los beneficios recibidos del emperador a sus hijos. Luego, dirigiéndose a los soldados, los exhorta a defender con su lealtad la juventud de los hijos de Teodosio, tal como la fe de Teodosio los había defendido a ellos (Num. 7 y sig.), instándolos con el recuerdo de la victoria sobre Eugenio, atribuida a la intervención divina, y de las diversas virtudes de tan gran príncipe (Num. 12 y sig.). Añade además (Num. 15 y 16) que Arcadio y Honorio no son de menor edad que Josías y Asa cuando asumieron el gobierno de los pueblos; y que Teodosio obtendrá de Dios un auxilio más abundante para ellos, ya que superó a sus padres en piedad. Luego, al exponer el salmo CXIV (Num. 17 y sig.), lo utiliza para ilustrar las virtudes del mismo emperador (Num. XXV y sig.), a saber, su piedad, clemencia, justicia y la máxima humildad al someterse al yugo de la penitencia pública: y otras cualidades que atrajeron hacia él la benevolencia y el amor de Ambrosio (Num. 33 y sig.), tras lo cual pronuncia una oración común por él, compuesta con versos del mencionado salmo (Num. 36 y sig.), aunque en todo momento testimonia que ya disfruta en el cielo de las recompensas de sus virtudes. Afirma que es bienaventurado allí, ya que goza de la compañía de Graciano, de otros hijos y de su esposa Flacila, así como también de Constantino, el primer emperador cristiano, bajo cuyo reinado, por su madre Santa Elena, se descubrió la madera de la cruz del Señor (Num. 39 y sig.). Afirma que con la protección de esta madera se quebrantó la insolencia de los tiranos y se confirmó la fe y piedad de los emperadores cristianos; especialmente de Graciano y Teodosio, cuya gloria, dice, supera con creces la que tuvieron en vida (Num. 52). Finalmente (Num. 53), después de demostrar que Teodosio estuvo oprimido por un yugo pesado, primero cuando su padre fue cruelmente asesinado, luego cuando asumió el peso del imperio, y finalmente cuando se enfrentó a Máximo y Eugenio en la guerra, consuela a Honorio (Num. 54), porque no le es posible, por el bien público, acompañar el cuerpo de su padre a Constantinopla, donde debe ser trasladado con la más noble pompa, y predice que esa ciudad será feliz con tan augusto tesoro (Num. 55).

A esta oración se le antepone en algunos códices la epígrafe, Salmo CXIV, en la Muerte del Emperador Teodosio, sin duda debido a la exposición del mismo salmo incluida allí, pero la inscripción de otros códices, tanto manuscritos como editados, es más adecuada. Además,

dado que consta que esta oración fue pronunciada el cuadragésimo día después de la muerte de Teodosio, y que este príncipe falleció el 16 de las calendas de enero del año 395 de la salvación, entendemos que fue pronunciada el 6 de las calendas de febrero. Sin embargo, no se puede ocultar que los Magdeburgenses (Centur. IV, cap. 4 y 13), y algunos otros, han puesto en duda si este epitafio debe atribuirse a Ambrosio. Sin embargo, no presentan la menor razón para su duda, y en contra de ellos, la serie de eventos históricos entrelazados, el estilo de la obra, y la manera de interpretar y adaptar la Escritura, luchan invenciblemente.

ORACIÓN DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LA MUERTE DE TEODOSIO. (C)

1197 1. Esto nos anunciaban los graves terremotos, las lluvias continuas, y una oscuridad más densa de lo habitual, que el clementísimo emperador Teodosio estaba por partir de la tierra. Así, los mismos elementos lamentaban su partida. El cielo cubierto de tinieblas, el aire horrorizado por la perpetua oscuridad, la tierra sacudida por movimientos, inundada por aluviones de agua. ¿Cómo no iba a llorar el mundo mismo a ese príncipe que pronto sería arrebatado, por quien solían moderarse las durezas de este mundo; cuando su indulgencia prevenía las penas de los crímenes?

2. Y él ciertamente partió para recibir un reino, que no perdió, sino que cambió por las moradas de Cristo, siendo admitido por derecho de piedad en aquella Jerusalén celestial, donde ahora, colocado, dice: Como hemos oído, así hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios, que Dios ha fundado para siempre (Sal. XLVII, 9). Pero dejó a muchos como desamparados de la protección paterna, y sobre todo a sus hijos. Pero no están desamparados, a quienes dejó como herederos de su piedad: no están desamparados, a quienes adquirió la gracia de Cristo y la lealtad del ejército: lo cual fue un testimonio de que Dios favorece la piedad y es vengador de la perfidia.

3. Por lo tanto, de ese príncipe hemos proclamado su muerte, y ahora celebramos el cuadragésimo día, asistiendo a los altares sagrados el príncipe Honorio; porque así como el santo José rindió a su padre Jacob los oficios de sepultura durante cuarenta días, así también este cumple con los deberes hacia su padre Teodosio. Y como algunos acostumbran observar el tercer y trigésimo día, otros el séptimo y cuadragésimo, consideremos qué enseña la lectura. Al morir Jacob, José ordenó a los siervos sepultureros que lo enterraran. Y los sepultureros sepultaron a Israel, y se cumplieron para él cuarenta días; así se cuentan los días de sepultura. Y Egipto lo lloró setenta días (Gén. L, 2). Por lo tanto, esta solemnidad es la que debe seguirse, como prescribe la lectura. Pero también está escrito en el Deuteronomio: Porque los hijos de Israel lloraron a Moisés durante treinta días, y se completaron los días de luto (Deut. XXXIV, 8). Ambas observancias tienen autoridad; porque se cumple un necesario deber de piedad.

4. Buen José, que dio forma a la ofrenda piadosa, a quien amaba su padre, y a quien dijo: Que te ayude mi Dios, y te bendiga con la bendición de la tierra que tiene todo, por la bendición de los pechos y del vientre, las bendiciones de tu madre, y por las bendiciones de tu padre (Gén. XLIX, 25): buena descendencia de un padre piadoso. Así, este también celebra el cuadragésimo día de su padre Jacob, el suplantador; y nosotros celebramos el cuadragésimo día de Teodosio, quien, imitando a Jacob, suplantó la perfidia de los tiranos, quien ocultó los ídolos de las naciones; pues la fe de él ocultó todos los cultos de los ídolos, borró todas sus ceremonias: quien incluso lamentó que se hubiera perdido la indulgencia que había otorgado a aquellos que pecaron contra él, y el perdón denegado. Pero los hijos no negarán lo que el

padre concedió: no lo negarán, aunque alguien haya intentado perturbar; pues no podrán negar lo que concedió en común, quienes liberan lo que dio a cada uno.

5. Nada más glorioso tuvo la partida de tan gran príncipe, quien ya había entregado todo a sus hijos, el reino, el poder, el nombre de augusto: nada, digo, más espléndido se le reservó en la muerte, que en algunos casos la prometida relajación de las exacciones de las cosechas, mientras se demoraba, se convirtió en la sucesión de sus indulgencias como herencia; de modo que aquel que quiso impedir, se hizo odioso a sí mismo, pero a Teodosio no se le quitó el cúmulo de tanta gracia. Y con razón, pues si las últimas voluntades de los privados, y los testamentos de los que fallecen tienen perpetua firmeza; ¿cómo puede ser nulo el testamento de tan gran príncipe? Más glorioso también en esto Teodosio, quien no testó por derecho común; pues no tenía nada nuevo que legar a sus hijos, a quienes ya había dado todo, salvo recomendarlos al presente padre: y debía testificar sobre sus súbditos y encomendados, para dejar legados, sellar fideicomisos. Ordenó dar la ley de indulgencia, que dejó escrita. ¿Qué más digno, que el testamento de un emperador sea ley?

6. Por lo tanto, tan gran emperador nos ha dejado, pero no se ha ido del todo; pues nos ha dejado a sus hijos, en quienes debemos reconocerlo, y en quienes lo vemos y lo tenemos. No os preocupe la edad: la lealtad de los soldados es la edad perfecta del emperador; pues la edad es perfecta, donde la virtud es perfecta. Esto es recíproco; porque la lealtad del emperador es la virtud de los soldados.

7. Reconocéis, sin duda, qué triunfos os ha adquirido la lealtad de Teodosio. Cuando el ejército, debido a la estrechez de los lugares y los impedimentos de los bagajes, descendía un poco más tarde al campo de batalla, y el enemigo parecía aprovechar la demora de la guerra, el príncipe desmontó de su caballo, y avanzando solo ante el ejército, dijo: ¿Dónde está el Dios de Teodosio? Ya esto lo decía cercano a Cristo. Pues, ¿quién podría decir esto, sino quien sabía que estaba unido a Cristo? Con esta palabra animó a todos, y con su ejemplo armó a todos. Y ya ciertamente anciano en edad, pero fuerte en fe.

8. La fe de Teodosio fue vuestra victoria: vuestra fe sea la fortaleza de sus hijos. La fe, por lo tanto, aumenta la edad. De hecho, ni Abraham, para engendrar un hijo en su vejez, consideró la edad: ni Sara, para dar a luz. Y no es de extrañar que la fe aumente la edad, cuando representa el futuro. Pues, ¿qué es la fe, sino la sustancia de las cosas que se esperan (Hebr. XI, 1)? Así nos enseñan las Escrituras. Por lo tanto, si la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, ¿cuánto más de las que se ven? Buena fe, de la que está escrito: El justo vivirá por la fe (Hebr. X, 30). Pero si se retira, no agrada a mi alma.

9. No nos retiremos, pues, para perjuicio de nuestra alma, sino que nos aferremos a la fe para la adquisición de nuestra alma; ya que en esta milicia de la fe nuestros ancianos Abraham, Isaac y Jacob obtuvieron testimonio. Y por eso nos dejaron la herencia de la fe. Fiel Abraham, quien no por obras, sino por fe fue justificado; porque creyó a Dios: Isaac, quien por fe no temió la espada del padre que iba a herirlo: Jacob, quien, atento a las huellas de la fe paterna, mientras viajaba, vio el ejército de ángeles, y llamó al lugar el concilio de Dios (Gén. XXXII, 1).

10. También en otro lugar, es decir, en los libros de los Reyes, Eliseo estaba dentro de Samaria, y de repente lo rodeó un ejército de sirios. Giezi lo vio, y dijo a su señor: Oh señor, ¿qué haremos? Y Eliseo el profeta dijo: No temas; porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y rogó que el Señor abriera los ojos de Giezi. Y se abrieron sus ojos, y vio el monte lleno de caballos y carros alrededor de Eliseo. Y rogó Eliseo que Dios los

hiriera con ceguera, y fueron heridos, y entraron en la ciudad, sin ver a dónde iban (IV Reg. VI, 15 y sig.). Habéis oído, soldados, que estáis rodeados, que donde hay perfidia, hay ceguera. Con razón, pues, el ejército de los infieles estaba ciego. Pero donde hay fe, allí está el ejército de ángeles. Buena fe, que frecuentemente actúa en los muertos. De hecho, el adversario y sus legiones son atormentados diariamente por la virtud de los mártires. Por eso creo que las cuerdas de la cítara se llaman fe, porque incluso muertas emiten sonido.

11. Por lo tanto, debemos esforzarnos más y más, para que en este deber de vivir, no seamos ingratos: sino que ofrezcamos a los hijos del príncipe un afecto constante y paternal. Pagad a sus hijos lo que debéis al padre. Debéis más al difunto, que al vivo. Pues si en los hijos de los privados no sin grave crimen se violan los derechos de los menores; ¿cuánto más en los hijos del emperador?

12. Añadamos, ¿de qué emperador? De un emperador piadoso, de un emperador misericordioso, de un emperador fiel, de quien la Escritura no ha hablado poco diciendo: Grande y honorable es el hombre misericordioso: pero encontrar un hombre fiel es difícil (Prov. XX, 6). Si es grande encontrar a cualquier hombre misericordioso o fiel; ¿cuánto más a un emperador, a quien el poder impulsa a vengarse, pero la misericordia lo aparta de la venganza? ¿Qué más excelente que la fe de un emperador, a quien no ensalza el poder, no levanta la soberbia, sino que la piedad inclina? de quien Salomón dijo excelentemente: La amenaza del rey iniquo es como el rugido del león: pero como el rocío en la hierba, así es su alegría (Prov. XIX, 12). ¿Cuánto es, pues, dejar el terror del poder, preferir la suavidad de la gracia?

13. Teodosio, de augusta memoria, consideraba un beneficio ser solicitado para perdonar; y entonces estaba más cerca del perdón, cuando la conmoción de la ira había sido mayor. La prerrogativa de perdonar era haber estado indignado: y se deseaba en él lo que en otros se temía, que se enojara. Esto era el remedio de los culpables; pues teniendo poder sobre todos, prefería reclamar como un padre, que castigar como un juez. A menudo vimos temblar a aquellos a quienes reprendía, y convictos de crimen, cuando habían perdido la esperanza, liberados del delito. Pues quería vencer, no castigar, juez de equidad, no árbitro de pena, quien nunca negaba el perdón al confesor: o si había algo que la conciencia oculta envolviera, lo reservaba para Dios. Esta era su voz, que los hombres temían más que el castigo: que un emperador actuara con tanta modestia, que prefiriera atar a los hombres con religión que con temor.

14. Se dice que el mayor de los filósofos otorgó impunidad a los crímenes cometidos por ira; pero la Escritura divina dice mejor: Enójense, pero no pequen (Sal. IV, 5). Prefirió cortar el pecado, que excusarlo. Es mejor encontrar en la indignación el elogio de la clemencia, que la ira se excite a la venganza.

15. ¿Quién, pues, dudará de que sus hijos tengan el mayor auxilio ante el Señor? Con el favor del Señor, el emperador Arcadio ya es fuerte en juventud: Honorio golpea continuamente las puertas de la adolescencia, más avanzado en edad que Josías. Pues aquel, desamparado de padre, comenzó su imperio y llevó su vida hasta el trigésimo primer año de su reinado, y agradó al Señor; porque, más que otros reyes de Israel, celebró la pascua del Señor, y abolió los errores de las ceremonias (IV Reg. XXII, 1 y sig.). También Asa, aún débil en fuerza corporal, cuando recibió el curso del reinado, reinó cuarenta años en Jerusalén: quien, aunque presionado por la infinita e innumerable multitud de etíopes, esperó del Señor y en pocos pudo salvarse (III Reg. XV, 8). ¡Ojalá tan fiel en el progreso, como devoto en el comienzo! Pues salvado en pocos y victorioso, después pidió ayuda a los sirios, dejando al Señor, y

recurrió a los médicos para el dolor de sus pies; pues habiendo recibido tal indicio del favor divino, no debió abandonar a su auxiliador, sino mantenerlo. Por eso ni los médicos le sirvieron, y como incrédulo cumplió su muerte.

16. Pero los padres de ellos, Abías y Amós, ambos infieles: Teodosio, en cambio, lleno del temor de Dios, lleno de misericordia, esperamos que asista a sus hijos ante Cristo, si el Señor es propicio a los asuntos humanos. Bueno es el hombre misericordioso, quien mientras ayuda a otros, se cuida a sí mismo, y en el remedio ajeno cura sus propias heridas. Reconoce que es hombre, quien sabe perdonar: y sigue los caminos de Cristo, quien, habiendo asumido carne, prefirió venir a este mundo como redentor, que como juez.

17. Por eso, bellamente dijo el salmista: Amo porque el Señor escuchará la voz de mi oración (Sal. CXIV, 1). En este salmo, mientras se lee, parece que escuchamos al mismo Teodosio hablando. Amo, dice: reconozco la voz piadosa, cuyos testimonios de voz reconozco. Y verdaderamente amó, quien cumplió diligentemente los deberes, quien preservó a los enemigos, quien amó a los enemigos, quien perdonó a aquellos por quienes fue atacado, quien no permitió que perecieran los aspirantes al reino. No es la voz de un mediocre, sino de un perfecto en la Ley decir: Amo. Pues la plenitud de la Ley es el amor (Rom. XIII, 10). Pero escuchemos a quien amó. Cuando se calla el tipo de amor, ciertamente se significa la gracia de la caridad divina, con la que amamos aquello que es sobre todo deseable, de lo que está escrito: Amarás al Señor tu Dios (Deut. VI, 5).

18. Por lo tanto, al partir de la tierra, el alma piadosa, llena del Espíritu Santo, como si los que le salieron al encuentro le preguntaran, mientras se elevaba a lo sublime y celestial, decía: Amo. Nada más pleno, nada más expresivo. Los ángeles o arcángeles preguntaban: ¿Qué hiciste en la tierra? pues solo Dios es conocedor de los secretos. Decía, Amo; esto es decir: Cumplí la Ley, no pasé por alto el Evangelio; esto es decir: Me ofrecí a la muerte, y todo el día fui estimado como oveja de matadero (Sal. XLIII, 22). Y por eso confío, porque ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las potestades, ni lo alto, ni lo profundo, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII, 38, 39).

19. Este mandamiento de la Ley también en el Evangelio el Señor Jesús enseña que debe ser guardado, cuando dice a Pedro: Simón hijo de Juan, ¿me amas? y él respondió: Tú sabes, Señor, que te amo. Y de nuevo dijo: Simón hijo de Juan, ¿me amas? y él respondió de nuevo: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Y preguntado por tercera vez dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo (Juan XXI, 15 y sig.). Así, la triple respuesta confirmó el amor, o abolió el error de la triple negación. Y si buscamos aquí la triple respuesta, la encontramos: Amo porque el Señor escuchará la voz de mi oración (Sal. CXIV, 1 y sig.). Amo porque inclinó su oído hacia mí, para que en mis días lo invocara. Amo porque encontré tribulación y dolor, y por el nombre de mi Dios no rehuí los peligros del infierno, sino que esperé que pudieran alcanzarme y encontrarme.

20. Y bellamente dice: Amé, porque ya había completado el curso de esta vida. Por eso el Apóstol, ya en su pasión, dice: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 7, 8). Grande es el Señor, que nos dio las luchas, para que quien venza merezca ser coronado. Amé, dice confiado, porque el Señor escuchará la voz de mi oración.

21. Amé, y por eso inclinó su oído hacia mí; para levantar al que yace, resucitar al muerto. Pues Dios no inclina su oído para escuchar corporalmente, sino para condescender con nosotros, para dignarse escucharnos y aliviar la sustancia de nuestra debilidad. Se inclina hacia nosotros para que nuestra oración ascienda hacia Él. No necesita voz quien otorga misericordia; pues no necesitó voz quien escuchó a Moisés en silencio: y decía que clamaba hacia Él, no hablando, sino intercediendo con gemidos inefables (Éxodo XIV, 15). Dios sabe escuchar también la sangre (Génesis IV, 10), que no tiene voz, ni lengua que la acompañe: pero recibió voz por el título sagrado de la pasión. Clamó en el martirio, clamó en el parricidio que soportó por sacrificio.

22. Amé, dice, y por eso, amando, hice la voluntad del Señor, y lo invoqué no en pocos, sino en todos los días de mi vida. Pues invocar en ciertos días, no en todos, es de quien se cansa, no de quien espera: y devolver la recompensa de las gracias por el uso de los bienes abundantes, no por el afecto de la devoción. Y por eso Pablo dice: En todo dad gracias (I Tes. V, 17). ¿Cuándo no tienes algo que debas a Dios? ¿O cuándo estás sin el don de Dios, a quien diariamente el uso de vivir es del Señor? Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Por tanto, porque siempre recibes, siempre invoca: y porque lo que tienes es del Señor, reconoce que siempre eres deudor. Prefiero, sin embargo, que pagues tu deuda como quien ama, más que como quien es obligado.

23. ¿Escuchas decir: Me rodearon los dolores de la muerte? (Salmo CXIV, 3). Yo, sin embargo, incluso en el dolor de la muerte amé al Señor. Me encontraron los peligros del infierno, no temiendo, sino amando, sino esperando, que ninguna angustia, ninguna persecución, ningún peligro, ninguna espada me separe de Cristo. Finalmente, queriendo, encontró tribulación y dolor, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza. Pues como buen atleta buscó las luchas, para encontrar la corona; que sin embargo no conoció que le fue dada por sus propias fuerzas, sino por la ayuda del Señor. Pues no podría haber vencido, si no hubiera invocado a quien ayuda a los que luchan.

24. El hombre miserable lucha para vencer; y él mismo cae en peligro, a menos que el nombre del Señor esté presente, a menos que, temiendo, ore diciendo: Oh Señor, libera mi alma (Salmo CXIV, 4). De aquí aquello del Apóstol: Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 23 y ss.).

25. Vence aquel que espera la gracia de Dios, no quien presume de su propia virtud. Pues ¿por qué no esperar la gracia, cuando tienes un protector de la lucha misericordioso? Misericordioso y justo es el Señor, y nuestro Dios se compadece (Salmo XI, 45). Dos veces menciona la misericordia, una vez la justicia: en medio está la justicia, rodeada por un doble cerco de misericordia; pues si los pecados abundan, que abunde más la misericordia. En el Señor hay abundancia de todas las virtudes; porque el Señor es de las virtudes (Salmo XXIII, 10). Sin embargo, la justicia no está sin misericordia, ni la misericordia sin justicia; porque está escrito: No seas demasiado justo (Eclesiastés VII, 17). Lo que está por encima de la medida, aunque sea bueno, no lo soportas. Guarda la medida, para que recibas según la medida.

26. Sin embargo, la misericordia no impidió la justicia; porque la misericordia misma es justicia: Repartió, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre (Salmo CXI, 9); pues el justo sabe que debe socorrer a los débiles y necesitados. Por eso el Señor, viniendo al

bautismo, para perdonar nuestros pecados, dijo a Juan: Permite ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia (Mateo III, 15). Está claro, por tanto, que la justicia es misericordia, y la misericordia es justicia. Pues si la misericordia de Dios no nos sostuviera, ¿cómo viviríamos en el mismo comienzo como niños; cuando, expulsados del vientre de lo cálido a lo frío, de lo húmedo a lo seco, somos arrojados como peces, que un naufragio de la naturaleza ha escupido a esta vida? Falta la razón, pero no la gracia divina. Él mismo, por tanto, guarda a los pequeños (Salmo CXIV, 6), o ciertamente a aquellos que se confiesan pequeños con humilde afecto.

27. Buena es, por tanto, la humildad, que libera a los que están en peligro, levanta a los que yacen. La conoce aquel que dijo: Aquí estoy, yo he pecado, y yo, el pastor, he actuado mal; ¿y qué han hecho estos en este rebaño? Que tu mano caiga sobre mí (II Samuel XXIV, 17). Bien dice esto quien sometió su reino a Dios, y se arrepintió, y confesó su pecado, pidiendo perdón: él mismo, por la humildad, llegó a la salvación. Cristo se humilló para elevar a todos: él llega al descanso de Cristo, quien sigue la humildad de Cristo.

28. Y por eso, porque el emperador Teodosio se mostró humilde, y donde el pecado se deslizó, pidió perdón, su alma se volvió a su descanso, como dice la Escritura: Vuélvete, alma mía, a tu descanso; porque el Señor te ha hecho bien (Salmo CXIV, 7). Bellamente dice al alma: Vuélvete, como a quien está ejercitada por el sudor de una larga obra, para que se vuelva del trabajo al descanso. El caballo se vuelve al establo, cuando ha completado su carrera: el barco al puerto, cuando es llevado a una estación segura lejos de la masa de las olas. Pero ¿qué significa, cuando dice: A tu descanso, sino que lo entiendas según aquello que dice el Señor Jesús: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mateo XXV, 34). Pues como recibimos como posesión hereditaria aquello que nos ha sido prometido; fiel es Dios, quien no retira lo que una vez preparó para sus siervos. Si nuestra fe permanece, también permanece la promesa.

29. Mira, oh hombre, la gracia de Cristo a tu alrededor: aún te agitas en la tierra, y posees en el cielo. Allí, por tanto, esté tu corazón, donde está tu posesión. Este es el descanso que se debe a los justos, se niega a los indignos. Por eso dice el Señor: Como juré en mi ira, si entrarán en mi descanso (Salmo XCIV, 11); pues quienes no conocieron los caminos del Señor, no entran en el descanso del Señor. Pero a quien ha peleado la buena batalla, y ha completado la carrera (II Tim. IV, 7), a él se le dice: Vuélvete a tu descanso (Salmo CXIV, 7). Buen descanso es pasar por alto las cosas del mundo, y descansar en aquellas que están por encima del mundo, en las celestiales compañías de los secretos. Este es el descanso al que el profeta se apresuró, diciendo: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? (Salmo LIV, 7). Este santo conoce su descanso, a este descanso dice que su alma debe volver. Por tanto, el alma estaba en su descanso, al que dice que debe volver. Este es el descanso del gran sábado, para que cada uno de los santos esté por encima de las cosas sensibles del mundo, totalmente atento a ese secreto inteligible, y adherido a Dios. Este es el descanso de aquel sábado, en el que Dios descansó de todas las obras de este mundo (Génesis II, 2).

30. Teodosio se alegra de haber sido liberado de estas preocupaciones del siglo, y eleva su alma, y la dirige a aquel descanso perpetuo, afirmando que se ha aconsejado bien a sí mismo, porque Dios ha liberado su alma de la muerte, que frecuentemente soportaba en este resbaladizo mundo, inquieto por las olas de los pecados: también ha liberado sus ojos de las lágrimas (Salmo CXIV, 8); pues huirán el dolor y la tristeza y el gemido (Isaías XXXV, 10). Y en otro lugar tenemos: Enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor (Apocalipsis XXI, 4). Si, por tanto, no habrá muerte, no podrá sentir caída

en aquel descanso: sino que agrada a Dios en la región de los vivos. Pues no como aquí el hombre está envuelto en un cuerpo de muerte sujeto a caídas y delitos; así tampoco allí. Por eso aquella región es de los vivos, donde está el alma, que fue hecha a imagen y semejanza de Dios, no la carne formada del barro (Génesis I, 27). Por eso la carne vuelve a la tierra, el alma se apresura al descanso supremo, a quien se le dice: Vuélvete, alma mía, a tu descanso (Salmo CXIV, 9).

31. A donde se apresuró a entrar Teodosio, y a ingresar en la ciudad de Jerusalén, de la que se ha dicho: Y los reyes de la tierra llevarán su gloria a ella (Apocalipsis XXI, 24). Esa es la verdadera gloria, que se toma allí; aquel reino bienaventurado, que se posee allí, al que se apresuraba el Apóstol, diciendo: Por tanto, tenemos confianza, y preferimos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor (II Cor. V, 6); y por eso nos esforzamos, ya sea ausentes o presentes, en agradecerle (Ibid., 9).

32. Por tanto, absuelto de la duda de la lucha, Teodosio de augusta memoria disfruta ahora de la luz perpetua, de la tranquilidad duradera, y se regocija por los frutos de la recompensa divina por lo que hizo en este cuerpo. Por tanto, porque Teodosio de augusta memoria amó al Señor su Dios, mereció la compañía de los santos.

33. Y yo, para concluir mi discurso con cierta peroración, amé a un hombre misericordioso, humilde en el imperio, dotado de corazón puro y pecho manso, tal como el Señor suele amar, diciendo: ¿Sobre quién reposaré, sino sobre el humilde y manso? (Isaías LXVI, 2).

34. Amé a un hombre que prefería al que lo reprendía más que al adulador. Dejó a un lado todo lo que usaba como insignia real, lloró públicamente en la Iglesia su pecado, que le había sobrevenido por el engaño de otros: con gemidos y lágrimas pidió perdón. Lo que los privados se avergüenzan de hacer, no se avergonzó el emperador de hacer públicamente penitencia: ni hubo después día alguno en que no lamentara aquel error. ¿Qué, que habiendo obtenido una victoria espléndida; sin embargo, porque los enemigos fueron derribados en el campo de batalla, se abstuvo de la comunión de los sacramentos, hasta que experimentó la gracia del Señor hacia él con la llegada de sus hijos?

35. Amé a un hombre que me buscaba en sus últimos momentos con su último aliento. Amé a un hombre que, cuando ya se disolvía en el cuerpo, se angustiaba más por el estado de las Iglesias que por sus propios peligros. Amé, por tanto, confieso, y por eso sentí mi dolor en lo más íntimo de mis entrañas, y pensé que debía ser consolado con una más prolongada prosecución del discurso. Amé, y presumo del Señor que recibirá la voz de mi oración, con la que acompaño a su alma piadosa.

36. Me rodearon los dolores de la muerte, me encontraron los peligros del infierno (Salmo CXIV, 3); pues son muchos los peligros, pero pocos los remedios. En todo el sacerdote está en peligro, en todo se angustia por los culpables; pues lo que otros sufren, él lo soporta: y nuevamente es liberado, cuando otros que están retenidos son liberados de los peligros. Me consumo en el corazón; porque ha sido arrebatado un hombre, que apenas podemos encontrar: pero sin embargo, tú solo, Señor, debes ser invocado, tú debes ser rogado, para que lo representes en sus hijos. Tú, Señor, que también guardas a los pequeños en esta humildad (Ibid., 5, 6), salva a los que esperan en ti. Da el descanso perfecto a tu siervo Teodosio, aquel descanso que has preparado para tus santos. Que su alma se vuelva a aquel lugar de donde descendió; donde no pueda sentir el aguijón de la muerte, donde reconozca que esta muerte no es el fin de la naturaleza, sino de la culpa. Pues lo que murió, murió al pecado (Rom. VI,

10); para que ya no haya lugar para el pecado: resucitará, para que una vida más perfecta sea restaurada con el don renovado.

37. Amé, y por eso lo acompaño hasta la región de los vivos, y no lo abandonaré, hasta que con llanto y oraciones lo conduzca al lugar al que sus méritos lo llaman, al monte santo del Señor: donde hay vida eterna, donde no hay corrupción, ni contagio, ni gemido, ni dolor, ni compañía de los muertos; la verdadera región de los vivos, donde lo mortal se vista de inmortalidad, y lo corruptible se vista de incorrupción (I Cor. XV, 54). Gran descanso, que cumple el deseo del amante, promesa bellísima. Por eso el salmo ciento catorce se titula alabanza: pues en el salmo ciento catorce recibimos la perfección del hombre. Pero allí, aunque formado, el hombre es perfecto, pero aún sujeto al pecado; porque vive en el mundo: aquí está la verdadera perfección, donde ya ha cesado la culpa, ha brillado la gracia del descanso perpetuo.

38. Por eso el salmo ciento catorce, porque es la recompensa de la caridad: de donde la pascua del Señor recibió la forma de celebración en la luna catorce; porque quien celebra la pascua debe ser perfecto, debe amar al Señor Jesús, quien amando a su pueblo con perfecta caridad, se ofreció a la pasión. Y nosotros amemos así, para que si es necesario, no huyamos de la muerte por el nombre del Señor, no consideremos ningún dolor, no temamos nada: Pues la caridad perfecta expulsa el temor (I Juan IV, 18). Grande es el misterio del número, cuando el Padre entregó a su Hijo único por todos nosotros, cuando la luna brillaba con todo el orbe de su luz. Así es la Iglesia, que celebra piadosamente la pascua de nuestro Señor Jesucristo, como la luna perfecta permanece para siempre. Quien aquí celebre bien la pascua del Señor, estará en la luz perpetua. ¿Quién la celebró más espléndidamente, que quien removió los errores sacrílegos, cerró los templos, destruyó las imágenes? En esto el rey Josías fue superior a los anteriores (II Reyes XXIII, 25).

39. Por tanto, Teodosio permanece en la luz, y se gloria en las asambleas de los santos. Allí ahora abraza a Graciano, ya no lamentando sus heridas, porque encontró un vengador: quien aunque fue arrebatado por una muerte indigna, posee el descanso de su alma. Allí ambos buenos y generosos intérpretes de la piedad se deleitan en la compañía de su misericordia. De quienes bien se dice: Un día emite palabra a otro día (Salmo XVIII, 3). En cambio, Máximo y Eugenio en el infierno, como una noche a otra noche comunica conocimiento; enseñando con su miserable ejemplo cuán duro es levantar armas contra sus propios príncipes. De quienes bellamente se dice: Vi al impío superexaltado y elevado como los cedros del Líbano; y pasé, y he aquí que no estaba (Salmo XXXVI, 35). Pues el piadoso pasó de la oscuridad secular a la luz eterna, y no estaba el impío, quien dejó de ser iniquo.

40. Ahora Teodosio de augusta memoria se reconoce reinando, cuando está en el reino de nuestro Señor Jesucristo, y contempla su templo. Ahora es rey de sí mismo, cuando recibe también a su hijo Graciano, y a Pulqueria, dulcísima para él, que aquí había perdido, cuando su Flacila se le adhiere, alma fiel a Dios; cuando se regocija de tener a su padre devuelto, cuando se adhiere a Constantino. A quien aunque la gracia del bautismo en sus últimos momentos le perdonó todos los pecados, sin embargo, por haber sido el primero de los emperadores en creer, y haber dejado tras de sí la herencia de la fe a los príncipes, encontró un lugar de gran mérito. En cuyos tiempos se cumplió aquello profético: En aquel día habrá sobre los cascabeles de los caballos: Santo al Señor Todopoderoso (Zacarías XIV, 20). Lo que aquella santa memoria de Helena, su madre, reveló, infundida por el Espíritu de Dios.

41. Bienaventurado Constantino con tal madre, que buscó para su hijo emperador la ayuda del don divino, para que también en las batallas estuviera seguro, y no temiera el peligro.

Gran mujer, que encontró mucho más que ofrecer al emperador, que lo que podía recibir del emperador. Madre ansiosa por su hijo, a quien había cedido el reino del orbe romano, se apresuró a Jerusalén, y escudriñó el lugar de la pasión del Señor.

42. Afirman que esta era una posadera al principio, así conocida por Constancio el mayor, quien después obtuvo el reino. Buena posadera, que tan diligentemente buscó el pesebre del Señor. Buena posadera, que no ignoró a aquel posadero, que curó las heridas del herido por los ladrones (Lucas X, 34). Buena posadera, que prefirió estimar como estiércol, para ganar a Cristo (Filipenses III, 8). Por eso Cristo la levantó del estiércol al reino, según está escrito: Porque levanta del polvo al pobre, y del estiércol al necesitado (Salmo CXII, 7).

43. Vino, por tanto, Helena, comenzó a visitar los lugares santos, el Espíritu le infundió que buscara el madero de la cruz, se acercó al Gólgota, y dijo: He aquí el lugar de la lucha, ¿dónde está la victoria? Busco el estandarte de la salvación, y no lo encuentro. Yo, dice, en los reinos, y la cruz del Señor en el polvo? ¿Yo en lo dorado, y en ruinas el triunfo de Cristo? ¿Él aún está oculto, y está oculta la palma de la vida eterna? ¿Cómo me considero redimida, si la redención misma no se ve?

44. Veo lo que has hecho, diablo, para que la espada con la que fuiste herido fuera obstruida. Pero Isaac desenterró los pozos obstruidos por los extranjeros, y no permitió que el agua permaneciera oculta (Génesis XXVI, 18). Que se quite, por tanto, la ruina, para que aparezca la vida: que se saque la espada, con la que se cortó la cabeza del verdadero Goliat (I Samuel XVII, 51): que se abra la tierra, para que brille la salvación (Isaías XLV, 8). ¿Qué has hecho, diablo, para esconder el madero; sino para que seas vencido nuevamente? María te venció, quien engendró al triunfador, quien sin disminución de su virginidad, dio a luz a aquel que crucificado te vencería, y muerto te sometería. Hoy también eres vencido, para que una mujer descubra tus insidias. Aquella como santa llevó al Señor, yo investigaré su cruz: aquella enseñó al engendrado, yo al resucitado: aquella hizo que Dios fuera visto entre los hombres, yo elevaré de las ruinas el estandarte divino para remedio de nuestros pecados.

45. Abre la tierra, sacude el polvo: encuentra tres cruces confundidas, cubiertas por la ruina, ocultadas por el enemigo. Pero no pudo borrarse el triunfo de Cristo. Duda, está indecisa, como mujer; pero el Espíritu Santo inspira una certeza en ella, ya que dos ladrones fueron crucificados con el Señor. Busca entonces el madero del medio. Pero podría ser que las cruces se confundieran entre sí por la ruina, que el azar las invirtiera. Vuelve a la lectura del Evangelio, encuentra que en la cruz del medio estaba el título: Jesús Nazareno, Rey de los Judíos (Juan XIX, 19). De aquí se recoge la secuencia de la verdad, la cruz se revela por el título como la de la salvación. Esto es lo que Pilato respondió a los judíos que pedían: Lo que he escrito, he escrito (Ibid., 22), es decir, no escribí lo que a ustedes les agradaría, sino lo que las generaciones futuras conocerían: no escribí para ustedes, sino para la posteridad; casi diciendo: Que Helena tenga algo que leer, de donde reconozca la cruz del Señor.

46. Encuentra entonces el título, adoró al Rey, no al madero ciertamente; porque esto es un error pagano, y vanidad de los impíos: sino que adoró a aquel que colgó en el madero, escrito en el título: a aquel, digo, que como un escarabajo clamó para que el Padre perdonara los pecados de sus perseguidores (Lucas XXIII, 34). La mujer ávida se apresuraba a tocar el remedio de la inmortalidad, temía pisar el sacramento de la salvación. Con corazón alegre y paso tembloroso, no sabía qué hacer. Sin embargo, se dirigió al lecho de la verdad, el madero resplandeció, y la gracia brilló. Y porque Cristo ya había visitado a una mujer en María, el

Espíritu visitó a Helena: le enseñó lo que la mujer ignoraba, y la condujo por un camino que el mortal no podía conocer.

47. Buscó los clavos con los que el Señor fue crucificado, y los encontró. Ordenó que de un clavo se hicieran frenos, del otro tejió una diadema: uno lo convirtió en adorno, el otro en devoción. María fue visitada para liberar a Eva: Helena fue visitada para redimir a los emperadores. Envió entonces a su hijo Constantino una diadema adornada con gemas, que unidas al hierro más precioso de la cruz de la redención divina, formaban una joya. También envió el freno. Constantino usó ambos, y transmitió la fe a los reyes posteriores. El principio de los emperadores creyentes es santo, lo que está sobre el freno (Zacarías XIV, 20): de ahí la fe, para que cesara la persecución, sucediera la devoción.

48. Helena sabiamente colocó la cruz en la cabeza del reino; para que la cruz de Cristo sea adorada en los reyes. Esto no es insolencia, sino piedad; cuando se rinde homenaje a la sagrada redención. Así, el buen clavo del imperio romano, que gobierna todo el mundo, adorna la frente de los príncipes; para que sean predicadores, quienes solían ser perseguidores. Correctamente en la cabeza el clavo, para que donde está el sentido, allí esté la protección. En la cima la corona, en las manos el freno. Corona de la cruz, para que la fe brille: también el freno de la cruz, para que el poder gobierne: y haya justa moderación, no injusta imposición. Que los príncipes de Cristo tengan esto también concedido por liberalidad, para que a imitación del Señor se diga del emperador romano: Pusiste en su cabeza una corona de piedra preciosa (Salmo XX, 3).

49. Desde entonces la Iglesia se regocija, el judío se avergüenza: y no solo se avergüenza, sino que también se atormenta; porque él mismo es autor de su confusión. Mientras insulta a Cristo, lo confiesa como rey: mientras lo llama rey de los judíos, confiesa su sacrilegio, quien no creyó. He aquí, dicen, crucificamos a Jesús; para que los cristianos, incluso después de la muerte, resuciten y los muertos reinen. Nosotros crucificamos a quien los reyes adoran: a quien no adoramos, ellos adoran. He aquí, también el clavo está en honor; y a quien presionamos para la muerte, es remedio de salvación, y con un poder invisible atormenta a los demonios. Pensábamos que habíamos vencido, pero confesamos que fuimos vencidos. Cristo resucitó de nuevo, y los príncipes reconocieron que resucitó. Vive de nuevo, quien no se ve. Ahora mayor es nuestra contienda, ahora la lucha es más vehemente contra él. A quien los reinos sirven, a quien el poder sirve, lo despreciamos, ¿cómo resistiremos a los reyes? Los reyes se inclinan ante el hierro de sus pies. Los reyes adoran, y los fotinianos niegan su divinidad? Los emperadores prefieren el clavo de su cruz a su diadema, y los arrianos disminuyen su poder?

50. Pero pregunto: ¿Por qué santo sobre el freno, sino para refrenar la insolencia de los emperadores, contener la licencia de los tiranos, que como caballos relinchan en sus lujurias; que les fuera permitido cometer adulterios impunemente? ¿Qué deshonras de Nerón, de Calígula, y de otros hemos conocido, para quienes no había santo sobre el freno?

51. ¿Qué otra cosa hizo la obra de Helena, al dirigir los frenos; sino que parecía decir a todos los emperadores con el Espíritu Santo: No seáis como el caballo y el mulo (Salmo XXXI, 9); sino que con freno y brida constriñera sus mandíbulas, quienes no se reconocieran reyes, para que gobernarán a sus súbditos? El poder se inclinaba hacia el vicio, y como bestias se contaminaban con lujuria. Ignoraban a Dios, la cruz del Señor los restringió, y los llamó de vuelta de la caída de la impiedad. Levantó sus ojos, para que buscaran a Cristo en el cielo. Se despojaron de la brida de la perfidia, recibieron los frenos de la devoción y la fe, siguiendo al que dice: Tomad mi yugo sobre vosotros... Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera

(Mateo XI, 30). De ahí los demás príncipes cristianos, excepto uno, Juliano, quien abandonó al autor de su salvación, al entregarse al error de la filosofía. De ahí Graciano y Teodosio.

52. No mintió, por tanto, la profecía, diciendo: Los reyes caminarán a tu luz (Isaías LX, 3). Caminarán ciertamente y especialmente Graciano y Teodosio sobre los demás príncipes, ya no cubiertos por armas de soldados, sino por sus méritos: no vestidos de púrpura, sino revestidos de gloria. Quienes aquí se deleitaban con la absolución de muchos, cuánto más allí, al recordar que perdonaron a muchos, se consuelan con el recuerdo de su piedad. Quienes ahora disfrutan de la luz blanca, han conseguido allí moradas mucho mejores que las que poseían aquí, diciendo: Oh Israel, cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso el lugar de su posesión: grande, y sin fin (Baruc III, 24)! Y habiendo cumplido con grandes labores, se dicen entre sí: Bueno es para el hombre cuando lleva un yugo pesado desde su juventud, se sentará solo, y callará; porque llevó un yugo pesado (Lamentaciones III, 27). Quien lleva un yugo pesado desde su juventud, descansa después: apartado de la multitud, posee un lugar especial de su descanso, diciendo: Porque tú, Señor, me has puesto en esperanza (Salmo IV, 10).

53. Llevó un yugo pesado desde su juventud Lázaro el pobre, por eso descansa solo en el seno de Abraham, según el testimonio de la lectura divina (Lucas XVI, 24). Llevó un yugo pesado Teodosio desde su juventud, cuando conspiraban contra su vida, quienes mataron a su padre triunfador. Llevó un yugo pesado, cuando soportó el exilio de la piedad, cuando, invadido el imperio romano por los bárbaros, asumió el imperio. Llevó un yugo pesado, para remover a los tiranos del imperio romano: pero porque aquí en el trabajo, allí en el descanso.

54. Pero ya vengamos a la transmisión del augusto cuerpo. Lloras, Honorio, retoño augusto, y con lágrimas testificas tu afecto piadoso; que aún en el honor del sepulcro, transmites el cuerpo de tu padre a través de muchos espacios. Pero también el patriarca Jacob, para liberar al pueblo, que la terrible hambre urgía con grave peligro, dejando su casa, anciano, se dirigió a tierras extranjeras: y allí fallecido, fue llevado al sepulcro paterno durante varios días, seguido por su hijo (Génesis XLIX, L). No se le restó nada a sus méritos, sino que más bien se añadió a su alabanza, que por los suyos, careciendo de la suerte debida de su casa, peregrinaba en un cierto exilio de su último funeral.

55. También lloras, emperador augusto, porque no acompañas hasta Constantinopla las venerables reliquias. La misma causa tienes con nosotros, todos con justo dolor acompañamos, todos, si fuera posible, deseáramos ser acompañantes contigo. Pero José llegó a una provincia vecina: aquí se interponen muchas divisiones de regiones, aquí hay mares que cruzar. Ni siquiera esto te sería laborioso, si no te retuviera la República, que los buenos emperadores han preferido a padres e hijos. Por eso tu padre te hizo emperador, el Señor te confirmó; para que no solo gobernaras a los militares de tu padre, sino a todos.

56. No temas que las reliquias triunfales parezcan deshonoradas, dondequiera que lleguen. No lo siente así Italia, que vio triunfos gloriosos, que liberada de los tiranos nuevamente, celebra al autor de su libertad: no lo siente así Constantinopla, que envió al príncipe a la victoria por segunda vez: a quien, aunque quiso retener, no pudo. Esperaba en su regreso las solemnidades triunfales, y los títulos de las victorias: esperaba al emperador de todo el orbe, escoltado por el ejército galo, y apoyado por las fuerzas de todo el mundo. Pero ahora allí Teodosio regresa más poderoso, ahora más glorioso: a quien acompaña una multitud de ángeles, a quien sigue una multitud de santos. Bienaventurada ciertamente, que recibes al habitante del paraíso, y tendrás en el augusto sepulcro del cuerpo sepultado un huésped de la ciudad celestial.

